

CAPÍTULO III

LA IGLESIA

EL MUNDO pacificado bajo la ley romana iba a realizar sus destinos de manera bien inesperada, y Roma, al reunir a todos los pueblos, había servido de instrumento a designios para ella ocultos. En el momento en que Augusto, convertido en árbitro del mundo, creía afirmar para siempre sobre sus bases al Imperio de los Césares, nacía a su sombra otro Imperio, para el cual eran demasiado estrechos los límites de la dominación romana, y que, después de haber devorado al antiguo, debía extenderse sobre los bárbaros, terminando su largo conflicto con la civilización y reconciliándolos con ella en el seno de su unidad armónica, y abarcar finalmente a todo el género humano en una sociedad verdaderamente universal y eterna.

Todo era prodigioso en el nacimiento y en los progresos de este Imperio. Había una como ironía providencial en la maravillosa solicitud con que la sociedad romana parecía haberse adaptado anticipadamente a sus necesidades. La paz romana había protegido su cuna, la unidad romana favoreció su crecimiento y las instituciones romanas le ofrecieron materiales ya dispuestos para organizarse al soplo de su genio creador. En fin, como para coronar la significación de este gran fenómeno, la capital del Imperio romano llegó a ser la suya, y establecido allí, en el centro de su poder, apareció a los ojos de las naciones como el heredero glorioso y radiante del mundo antiguo y como el iniciador indefectible de un mundo nuevo.

Seguro de sus altos destinos, y lleno de fe imperturbable en su misión, proclamó ésta con tranquila seguridad, y se llamó a sí mismo el Imperio de Dios. Por lo menos, difería singularmente, en su fin y medios de acción, de todas las sociedades humanas, y ninguno podría negar la majestuosa superioridad de su ideal sobre todos los que se habían imaginado hasta entonces. Ya no se trataba aquí de una sociedad terrenal, con el destino de sus miembros limitado a la duración efímera de su paso por esta vida mortal, sino de una sociedad celestial que los encaminaba, a través de las figuras de este mundo, hacia las realidades de la patria eterna. La felicidad que

les prometía no eran las voluptuosidades amargas y fugitivas de los sentidos, que engendran la muerte, sino la transfiguración gloriosa del alma y del cuerpo en la luz de la justicia y de la verdad divina. El lazo vivo con que unía a todos no era la fuerza despiadada que se consume en atraer hacia un centro mortífero las resistencias desesperadas del egoísmo, sino el amor que, por dulce persuasión, llamaba a la voluntad libre hacia el hogar luminoso donde ardía la fuente de todo amor. El señor que estaba a su cabeza no era un hombre convertido en dios por el orgullo, sino un Dios que se había hecho hombre por caridad. El nombre más habitual de este soberano era el de padre, y este título, que implicaba ternura infinita para con todos sus hijos, les recordaba también que eran hermanos entre sí y que debían amarse mutuamente como se amaban a sí mismos. Y aunque esta fraternidad perfecta suponía la intimidad más estrecha, no quedaba excluido de ella ni el que pareciese más miserable y más abyecto a los ojos del mundo; bastaba que aportase su alma para que fuera acogido.

Esta sociedad ideal, reconstruída al margen de las leyes del mundo material y en una esfera inaccesible a su influencia, realizaba el sueño de la ciudad perfecta que tanto habían meditado los sabios de la Antigüedad, y cumplía las palabras de los profetas, que anunciaban desde hacía siglos el advenimiento del Imperio de Dios. Ya existía tal Imperio, y tomaba posesión de la Tierra; llamando hacia sí a todas las almas, les mostraba en los resplandores radiantes de la eternidad el verdadero fin de sus esfuerzos y el objeto último de sus aspiraciones. Ni el tiempo ni el espacio eran límites para él, pues abrazaba a todo el género humano, llenaba todos los siglos, se extendía de una eternidad a otra a través del abismo de los tiempos, y, ocupando a la vez cielo y tierra, los poblaba con sus legiones de elegidos. Victorioso de las dos grandes fuerzas destructoras que reinan sobre el mundo material: el pecado, padre de la muerte, y la muerte, salario del pecado, edificaba su reino sobre un principio inmaterial que estaba por encima de los alcances de esas fuerzas. No quería reinar más que sobre los corazones y las voluntades: en el santuario misterioso de la vida interior. Es que el Imperio de Jesucristo no era de este mundo: *Está dentro de vosotros*, había dicho el Maestro¹. El fiel que llevaba en su corazón la ley de este Imperio, se elevaba gradualmente por la sinceridad de la obediencia y el ardor de la caridad a los puestos más sublimes de la ciudad celestial,

¹ Evangelio de SAN LUCAS, XVII, 21.

hasta que, después de haber salvado las puertas de la tumba, era admitido a gozar de la visión de Dios.

Allí gustaba una felicidad sin término ni mezcla; un solo día en esas radiantes moradas —había dicho un profeta¹— valía más que mil en los palacios de los mortales. “*El ojo del hombre* —repetía, siguiendo a otro profeta, el Apóstol que había sido arrebatado al tercer cielo— *no ha visto, ni su oído escuchado, ni su espíritu es capaz de concebir lo que Dios reserva a los que le aman*”². Y el evangelista cuyo pensar, con vuelo como el de las águilas, había subido más alto en la contemplación de las cosas eternas no encontraba más que figuras para dar una imagen lejana de su belleza. En el *Apocalipsis* muestra el Imperio de Dios bajo la forma de una ciudad de oro, brillante como el cristal y el jaspe; sus cimientos son de piedras preciosas; los ángeles velan sobre su recinto, una luz celestial lo inunda todo de caridad, y como sol tiene al Cordero de Dios. Allí, en medio de los esplendores de un día eterno, las gentes se pasean con vestiduras de fiesta, yendo y viniendo por puertas siempre abiertas, por las que no puede entrar nada manchado, y las alabanzas al Omnipotente resuenan en sus labios con acentos de alegría sin fin³. He aquí cómo se revela el Imperio de Dios a los corazones embriagados de los fieles; era como el coronamiento sublime de la obra de la creación, o, para mejor decir, era una segunda creación, más bella aún que la primera, y el Verbo divino que la había sacado de la nada, podía, como en la aurora de los tiempos, descansar de su obra y encontrarla muy buena.

Tal sociedad —es claro— se sale del cuadro de la historia, porque salta los límites del tiempo. La Iglesia no se enlaza con la ciencia humana sino por uno solo de sus grupos: el que vive sobre la Tierra, y a quien reserva el nombre de Iglesia militante. Esta Iglesia militante, que es para todos los fieles el noviciado del Cielo, se mueve, durante su peregrinación terrenal, en la atmósfera de este mundo. Esparcida en todos sus miembros, como el alma en el cuerpo, ejerce sobre el mundo, de grado o por fuerza, la acción irresistible de un principio libre e inteligente sobre la fuerza bruta; pero, en cambio, tiene que sostener contra sus ataques una lucha siempre renaciente, por lo que alternativamente le nutre con su leche o con su sangre. Como quiera que sea, desde que ha aparecido en la Tierra, nada importante se hace en el mundo que no sea en pro o en contra de esa Iglesia, la que ocupa el primer lugar en las preocupa-

¹ *Salmos*, LXXXIII, II.

² SAN PABLO, I *ad Corinth.*, II, 9;

cf. *Isaías*, LXIV, 4.

³ SAN JUAN, *Apocalipsis*, c. XXI.

ciones del género humano, ya que las vicisitudes de sus relaciones constituyen, hablando con propiedad, la historia de la civilización.

Los principios de la ciudad de Dios entre los hombres se parecieron a los del género humano: fueron los más humildes e insignificantes. Apenas se dignó el mundo echar una mirada distraída a sus primeras conquistas; algunos pescadores ignorantes y groseros, reunidos en torno a un obrero que hablaba bien, pero al que no comprendían, fueron los fundadores de la nueva sociedad. Sus secuaces se conocían por la excentricidad insensata con que desafiaban la opinión pública y afectaban distinguirse del resto de la humanidad; se gloriaban de la pobreza y de la ignorancia, anatematizaban el goce y el placer, arrastraban una existencia miserable y acababan generalmente en el patíbulo, como el jefe a quien habían divinizado. Estos locos peligrosos, tenían, como ellos mismos proclamaban, la sed del cadalso, y se juzgaba que, en general, no merecían otro fin. Añadían a esto la pretensión ridícula de convertir al género humano a su doctrina, y pretendían haber recibido de su maestro la misión de predicarla en todo el universo. No era preciso ser profeta para predecir desde luego con seguridad el resultado de tal empresa, y bastaba alguna experiencia y un poco de buen sentido para prever que la secta perecería en poco tiempo entre desprecios y suplicios. Sin embargo, sucedió lo contrario, como si en la historia del cristianismo todo hubiese sido hecho para burlar las previsiones y confundir los cálculos de la razón. Hay que examinar de cerca espectáculo tan admirable.

Nacida en el seno de la sinagoga, pero abierta desde el primer momento a todas las almas humanas, la Iglesia contenía en su origen dos categorías de cristianos, de procedencia diversa, que se mantuvieron distintos durante algún tiempo, como las aguas de ciertos ríos que se encuentran y corren juntas sin mezclarse inmediatamente. El orgullo de los cristianos de raza judía se sublevaba contra esa igualdad de su pueblo con los gentiles; según ellos, el Salvador de los hombres sólo había venido para las ovejas del rebaño de Israel, y fueron precisas las audacias generosas de San Pedro y de San Pablo para hacerles comprender que la Buena Nueva se dirigía a todos los hijos de Adán. Pero no fué suficiente: hubo que persuadirles, además, de que no había nada de obligatorio, para el cristiano rescatado por la sangre de Jesucristo, en las prácticas de la antigua Ley, por caras que fuesen al patriotismo y al sentimiento religioso del pueblo judío. Los dirigentes de la sinagoga no lo entendían así: querían someter a todos los fieles —judíos o gentiles— a los ritos de

su nación, y su altiva tenacidad desencadenó en la cuna misma de la Iglesia las primeras controversias. Una circunstancia providencial vino a conjurar el peligro: fué la destrucción del templo de Jerusalén, seguida de la dispersión de la nación judía. En adelante no tenía ya razón de ser la ley de Moisés; desde entonces se confundieron para siempre judíos y gentiles en el seno del cristianismo, y la nave de la naciente Iglesia se lanzó audazmente a alta mar.

Ya se había extendido la fe de Jesucristo por todo el mundo civilizado; como un relámpago que brilla en un lado del cielo y que ilumina todo el horizonte en un instante, el reino de Dios había penetrado en todas las provincias del Imperio romano, y aun había traspasado sus fronteras. La generación contemporánea del Salvador pudo asistir al espectáculo maravilloso del florecimiento de las Iglesias de Oriente, y cuando el discípulo bienamado que había reposado sobre el pecho de Jesús se entregó al sueño eterno, ya brillaban focos luminosos de la vida cristiana en todas las riberas del Mediterráneo: San Pablo, en algunos años de viajes apostólicos, había sembrado comunidades desde las montañas de Fenicia hasta las lejanas playas del occidente extremo, y de sus hermanos de apostolado, unos habían derramado sus sudores y su sangre en el Imperio, mientras que otros, según la tradición, se habían ido a los últimos confines de la Tierra para llevar la Buena Nueva a los pueblos sentados a la sombra de la muerte.

Dos circunstancias habían propiciado esta rápida difusión del Evangelio. Las legiones romanas, al conquistar el mundo, habían allanado a los apóstoles el camino de las misiones, y los excesos mismos de la centralización les habían ayudado. De un extremo a otro del Imperio el misionero circulaba con seguridad bajo la protección de la paz romana; por todas partes oía hablar la misma lengua, por doquier encontraba las mismas instituciones; con una sola frase —*civis romanus sum*— podía detener inmediatamente el desborde de los furores populares y poner su obra y su persona bajo la protección de la ley común.

Además, el suelo romano estaba ya preparado para recibir la semilla evangélica; en cualquier parte que se detuviese el enviado de Jesucristo encontraba puntos de apoyo, o al menos un abrigo, en aquellas innumerables comunidades judías que, desde hacía muchas generaciones, vivían desparramadas por toda la extensión del Imperio. No había ciudad de importancia que no tuviese en algún barrio su colonia judía agrupada en torno a una sinagoga, donde el pueblo de Dios acudía los sábados a escuchar la Ley y los dichos de

los profetas y a alimentarse con las promesas del Antiguo Testamento; entre estos hermanos, judíos como él, se alojaba el apóstol; allí, en medio de la sinagoga, en pie después de la lectura sagrada, tomaba la palabra para contarles las grandes cosas que acababan de cumplirse en Israel, y, como Cristo mismo a los discípulos de Emaús, les mostraba todas las profecías realizadas en el Hijo del Hombre.

El auditorio, admirado, se acordaba de lo que le habían contado los testigos de la primera Pentecostés cristiana, y, aunque muchos protestaban contra la doctrina nueva, otros se sentían tocados y reconocían en Cristo al Deseado de las naciones, hacia el que se habían vuelto los ojos moribundos de su padre Jacob, y cuya venida habían anunciado todos los profetas. Formábase así alrededor del apóstol, y en el seno mismo de la sinagoga, un núcleo cristiano que crecía en medio de las contradicciones y que mantenía entre el pueblo de Dios la fecunda fermentación de que habla el Evangelio. Israel se dividía en dos campos a la vista de su Mesías, y, mientras que una parte del pueblo, aferrándose con desesperación a los ritos estériles de la antigua Ley, maldecía al Galileo y a sus discípulos, otra, llena de gozo y de confianza en el Hijo de María, se ponía a la cabeza de los gentiles y los hacía entrar en el reino de Dios.

Los fieles afluyeron desde los primeros días. Como abejas que se incorporan a la colmena, las almas más nobles del paganismo se dieron cita en las sinagogas, que se habían convertido en iglesias; todos aquellos cuya mirada se elevaba hacia el cielo veían brillar en él la estrella de Belén, y ella les guiaba hacia la cuna del Redentor. Nadie de nuestra sociedad, habituado a los beneficios del Evangelio, puede imaginarse la sorpresa de tantas almas altivas y hoscas, ni el gozo de tantos corazones lacerados, cuando entre los horrores del paganismo veían brillar por vez primera el rostro y la sonrisa de Jesús. A la vista de este Dios que les abría sus brazos para estrecharles contra su corazón sangrante de amor, los infelices adoradores de tantos ídolos grotescos u obscenos caían a sus pies, y los espíritus a quienes los excesos de la idolatría habían hecho romper con la noción de la divinidad, se daban golpes de pecho, exclamando como el centurión: ¡Verdaderamente, éste es el Hijo de Dios!

En medio de la sociedad sanguinaria y encenagada de los anfiteatros, los espíritus generosos se sentían atraídos por un encanto inexplicable hacia esos humildes retiros de donde salía la voz que decía: *Venid a mí todos los que estáis agobiados, que yo os aliviaré*¹. En

¹ Evangelio de SAN MATEO, XI, 28.

traban conmovidos y enternecidos y, al franquear el umbral bendito de la Iglesia, les parecía pasar del frío de la muerte al dulce calor de la vida, y de las tinieblas de la noche al esplendor del día eterno. El bálsamo de la caridad cerraba sus llagas y dilatava sus corazones; se sentían amados, y experimentaban a su vez dulzura infinita en amar a sus semejantes y en ver en ellos a hermanos. Iluminados por la luz plena de la verdad, encontraban ahí el porqué del mundo y de ellos mismos, y se felicitaban de tener al fin la explicación de los problemas que habían fatigado en vano a la filosofía pagana, encerrada desde hacía tantos siglos en la caverna de Platón. Con los prejuicios y vicios del paganismo abandonaban también sus antiguos temores, pues sobre la vida cristiana brillaba una promesa de inmortalidad que calmaba la angustia del alma que el paganismo dejaba sin recursos ante las amenazas de la nada. El cristianismo era a la vez una doctrina sublime, una ley perfecta y una esperanza indefectible; era el Edipo que resolvía entre sonrisas los trágicos enigmas dejados sin solución por el mundo antiguo; era el verdadero Prometeo que modelaba al hombre a imagen de Dios y depositaba en su interior la chispa de la inmortalidad.

He aquí por qué, atraídas por la belleza radiante del cristianismo, o echadas por la desesperación fuera de la religión pagana, las almas se precipitaban a las puertas de la joven Iglesia. Acudían a ella de Oriente y de Occidente, sin distinción de edad, sexo, categoría ni saber. Como los reyes magos, al ir a adorar al Salvador en la cuna se habían encontrado allí con los pastores, así se reunieron en la Iglesia grandes y pequeños, ricos y pobres, libres y esclavos. Desde la edad apostólica la Iglesia tuvo como adictos a dignatarios de la sinagoga, soldados de las legiones, funcionarios de las ciudades, gobernadores de las provincias y aun ministros de los reyes. Cosechaba almas en el areópago de Atenas y en los bancos del senado romano; halló fieles hasta en los palacios de los Césares y aun en las gradas del trono imperial. Pero a todos estos altos personajes les sometía a la misma ley común; una vez que habían entrado en la Iglesia se perdían sus huellas y se confundían con millares de esclavos y de mendigos que formaban la clientela privilegiada de Cristo. Es que la Iglesia, fundada por un jefe que no tenía ni una piedra sobre que reclinar su cabeza, era por excelencia una sociedad de pobres, y no aceptaba a los ricos y a los dichosos de este mundo sino a condición de que fueran voluntariamente pobres. Por el contrario, abría los brazos a todos los despreciados, y espigaba entre los bajos fondos de las grandes ciudades las

escorias del mundo, reconstruyendo una sociedad con los elementos que el mundo había juzgado indignos de la suya.

Protegida al principio por su oscuridad y su pobreza, la Iglesia creció tranquilamente en medio de la sociedad pagana. En la mayor parte de las ciudades vivían comunidades cristianas organizadas al modo uniforme que los apóstoles habían transmitido con el tesoro de fe y de la moral. Un respeto religioso por la tradición garantizaba en cada una de ellas la perpetuidad de la enseñanza apostólica, y las relaciones fraternales que mantenían entre sí hacían circular por todas una misma corriente de caridad fecunda. Entre las iglesias más lejanas se cruzaban cartas; frecuentemente se reunían en concilios los dignatarios de las comunidades vecinas, las que se regocijaban o entristecían en común, sosteniéndose mutuamente en sus épocas de prueba; cada una, en una palabra, tomaba parte en la vida de la Iglesia universal. En cuanto se introducía la menor innovación en una de ellas, en seguida era denunciada, combatida y condenada por las otras: todas cerraban sus puertas a los innovadores, y había que abjurar el error, o renunciar a la comunión del mundo cristiano. En resumen, que había en el seno de los diversos grupos de fieles esparcidos por el universo romano cierta unidad de conciencia y cierto sentimiento de solidaridad que se manifestaban con energía máxima en las horas decisivas.

Esta unidad del mundo cristiano, mantenida en medio de la dispersión general por la caridad ardiente de todos hacia todos, hallaba su expresión sensible en la supremacía de una Iglesia que era la cabeza y el modelo de todas las demás. Era la de Roma, en la que reposaba la autoridad confiada por el Salvador al príncipe de los apóstoles, y transmitida a sus sucesores. Fundada por dos hermanos unidos en el amor, a la inversa de como los fundadores de la Roma primitiva habían sido separados por el odio, la Iglesia romana se levantaba en medio de sus hermanas como el faro luminoso de la verdad. A la hora del peligro o de las dudas dirigíanse las miradas hacia ella, porque se estaba seguro de no poder engañarse siguiéndola, ya que Jesucristo le había dado el privilegio magnífico de ser para siempre la guardiana infalible de la fe católica. Esta prerrogativa, celebrada con acentos magníficos por los Padres y los Confesores, era la fuente de todas las otras que la tradición le reconocía. Su presencia era acatada por todos: los mismos Emperadores paganos, durante los raros intervalos en que cesaba la persecución, la reconocían implícitamente, y el Oriente, por boca de San Ignacio de Antioquía,

le adjudicaba el título glorioso de *Presidenta de la caridad*¹. Justificaba dignidad tan alta por su solicitud en favor de los intereses del mundo cristiano y por las virtudes heroicas que mostraba. Sus limosnas acudían a curar las plagas de las provincias, y, cuando sonaba la hora de las pruebas, ninguna Iglesia regaba con más sangre que ella las raíces de la viña evangélica.

Aparte de la supremacía que le daba una palabra divina, la Iglesia romana no se distinguía en nada de sus hermanas, modeladas todas, como ella misma, de acuerdo con un tipo único y divino. En todas partes reinaba la misma organización simple y fuerte, en todas partes se encontraba la misma contextura, flexible y sólida a la vez, de una sociedad absolutamente nueva, tanto en formas como en espíritu, y que no tomaba ejemplos del mundo. Había tantas iglesias como aglomeraciones cristianas de alguna importancia, es decir, como ciudades habitadas por cristianos. Cada una tenía a su frente un obispo, cuya autoridad se remontaba, por sucesión ininterrumpida, hasta los propios apóstoles; la recibía de ellos por intermedio de sus hermanos en el episcopado, quienes le conferían el Espíritu Santo por imposición de sus manos, imprimiéndole así para siempre el carácter sacerdotal; pero no era presentado a los congregantes sino después de haber sido elegido como el más digno por el mismo rebaño que iba a gobernar. Así combinaba la Iglesia en su vida social, de manera feliz y totalmente ignorada por el mundo profano, dos elementos que parecían inconciliables: el carácter trascendente de la autoridad y la libertad popular de elección. Es comprensible la admiración que un Emperador pagano, hombre de bien, Alejandro Severo, sentía por esta manera de resolver el gran problema del origen y de la transmisión del poder².

Por lo demás, todo en la sociedad cristiana presentaba equilibrio armonioso entre la libertad y la autoridad; por grande que ésta fuese en manos del obispo, estaba circunscrita por leyes inviolables que todo el mundo conocía; no podía prescindir de la confianza y del afecto de los fieles, y perdía todo su prestigio si no tenía el carácter paternal y misericordioso de una magistratura de amor. Su fuerza le venía de su moderación, y los límites de su poder se ampliaban tanto más cuanto más los respetaba. De todos modos, la misión del obispo era grandiosa, pues enseñaba, gobernaba y juzgaba a la vez; era la fuente del sacerdocio y el distribuidor de la vida espiritual. Administraba, bajo la mirada de Dios, el patrimonio temporal de su

¹ S. IGNAT., *Epist. ad Roman.*, in prolog. ² Lamprid., *Alex. Serv.*, c. 45.

Iglesia, y debía proveer a las innumerables necesidades de su existencia precaria y llena de amenazas. Era el alimentador de los pobres, el tutor de los huérfanos, el protector de las viudas, el padre de todos. Finalmente, representaba a su comunidad ante el poder civil y era el primer blanco de sus golpes cada vez que se levantaba el viento de la persecución. En una palabra, llevaba ante Dios y ante los hombres el peso de una responsabilidad tal, que hacía del episcopado el más temible de todos los honores.

Para sostener el brillo y compartir las cargas de su elevada dignidad, el obispo estaba rodeado de una familia eclesiástica, exclusivamente dedicada, como él, al servicio de los altares, y que recibía de él su carácter sagrado al mismo tiempo que su misión especial.

Había varios grados u órdenes en el clero. Los sacerdotes ocupaban la primera categoría después del obispo. En las comunidades demasiado numerosas y repartidas, cuyo ministerio pastoral no podía ser abarcado por un solo obispo, éste delegaba en sus auxiliares el ejercicio de una parte de sus funciones religiosas, y sobre todo la enseñanza y la administración de los sacramentos en cada distrito determinado. Le agradaba apoyarse en esos auxiliares; los reunía en consejo en torno suyo, y veía en ellos no sólo sus cooperadores más preciosos, sino también sus consejeros más autorizados.

Los diáconos desempeñaban en el orden temporal un papel no menos considerable que el de los sacerdotes en el orden espiritual: les correspondía el ministerio, como a los otros el sacerdocio; eran los brazos del obispo; le reemplazaban en la gestión de los intereses materiales y le asistían en los actos más solemnes de sus funciones litúrgicas. Lo más característico de su misión era el cuidado de socorrer a los pobres, pues la Iglesia dió desde su origen a los paganos el espectáculo de la caridad elevada a la categoría de sacerdocio, y mostraba por todas partes, junto a la mano que distribuía a los fieles el pan del cielo, la que daba a los indigentes el pan del cuerpo.

Pero el rápido desarrollo que tomaron las comunidades no permitió circunscribirse a esta distribución primitiva de las funciones eclesiásticas. Hubo que crear subdiáconos para asistir a los diáconos; hubo que confiar a ministros especiales ciertas partes de la actividad litúrgica, y nacieron así las órdenes menores de acólito, exorcista, lector y ostiario, con la función que su nombre indica bien claramente. Además, como los diáconos no hubieran podido, sin herir la delicadeza del sentimiento moral, cumplir su ministerio con las mujeres, éstas fueron confiadas a diaconisas, viudas o doncellas de edad, a

las que la Iglesia admitía el honor de compartir con ella las cargas múltiples del ministerio de la caridad.

La misión del clero no se limitaba a enseñar, a gobernar y a servir de medianero entre Dios y los hombres; debía también predicar con el ejemplo y cumplir mejor que nadie los graves deberes que inculcaba diariamente a los fieles. Jesucristo había dicho a los sacerdotes que ellos eran la sal de la tierra, y que todo se corrompería si ellos se echaban a perder.

De aquí la viva solicitud de la Iglesia por las costumbres de su milicia escogida; fué su preocupación más antigua, y, apenas nació el derecho canónico, cuando ya multiplicaba las prescripciones relativas a esta cuestión importantísima. Para ser admitido al sacerdocio, no bastaba ser de vida irreprochable, sino que se precisaba presentar además un pasado que ofreciese garantías contra la posibilidad de ciertas faltas. El sacerdote debía distinguirse por su castidad, por su caridad y por su ciencia; debía renunciar no sólo a las pasiones, sino también a los placeres y ocupaciones del siglo, diciendo adiós a los gozos del hogar y a los honores de la vida pública y consagrándose íntegramente al servicio de Dios y del prójimo. Por elevada que fuera su dignidad, era esclavo de la ley común, y su superioridad real consistía en sus virtudes y no en su ministerio. El menor de los seglares podía, por la santidad de la vida, elevarse por encima del prelado más eminente, y las desigualdades creadas por la jerarquía encontraban su correctivo en aquella expresión de que los primeros serían los últimos en el reino de los cielos. Además, los dignatarios se reclutaban a menudo entre el pueblo, escogiendo a veces esclavos para convertirlos en obispos, mientras se dejaba a los príncipes entre la multitud. El pueblo cristiano era como la conciencia viva de la comunidad: si su corazón no latía al unísono del clero, se perturbaba la vida de todos, y más de un obispo ilustre, asociando en su solicitud tanto a los fieles como a los sacerdotes, declaraba, como San Cipriano, que no quería hacer nada sin el consentimiento y el concurso del pueblo¹.

El mismo pueblo cristiano, al igual que su clero, se renovaba en los primeros tiempos mediante elecciones perpetuas. Entresacaba sus elementos del seno de aquella sociedad pagana y corrompida en que vivía y que, sin reconocerlo, se despojaba en favor suyo de todo lo mejor que poseía. Ya en el siglo II podía pronunciar Tertuliano aquellas palabras tan significativas: "*El cristiano no nace, sino que*

¹ S. CYPRIAN., *Epist.* 5.

se hace"¹. Pero la Iglesia, al recibir todos los días las almas que venían del paganismo a pedirle la salvación, las encontraba tal como el mundo las había hecho; eran espíritus imbuídos de errores inveterados y corazones habituados a la esclavitud de las pasiones, a los que había que transformar de modo más radical que todo lo conocido por la naturaleza humana. Convertir en ascetas a los voluptuosos y en creyentes a los sofistas, traer hasta la inocencia infantil a una sociedad que había envejecido en el ejercicio de la incontinencia, o, como decían los apóstoles, crucificar al hombre viejo convirtiéndolo en nuevo, era el problema que se planteaba a la Iglesia, y que ésta resolvió. Si hay algún fenómeno que merezca fijar la atención de la humanidad, es éste, y la historia no tiene tarea más elevada que la de explicarlo.

El secreto de la Iglesia fué desde luego un sistema educativo exclusivamente suyo y que denotaba un conocimiento admirable del corazón humano, de sus debilidades y de sus recursos, a la vez que un arte maravilloso de corregir aquéllas y de aprovechar éstos. No admitía inmediatamente a los que se presentaban para ser admitidos en su seno, y cuando los juzgaba dignos de la admisión, los sometía a un noviciado largo y riguroso. Con el nombre de catecúmenos pasaban un tiempo considerable, a menudo años enteros, a la puerta del santuario, durante los cuales se les iba enseñando por partes la doctrina cristiana y se les iniciaba en la práctica de diversos artículos de la ley moral. Esta tarea era laboriosa y ardua; exigía de aquellos que la realizaban ternura profunda, tacto consumado y luces superiores; por eso se les confiaba a los miembros más distinguidos y virtuosos del clero. Por fin, cuando la Iglesia juzgaba que los aspirantes estaban suficientemente preparados para el beneficio de la vida cristiana, los admitía al bautismo. Una vez regenerados, participaban de las gracias de los sacramentos y de los méritos de la comunión de los santos. Entonces veían en todo estímulos para el bien: los compromisos solemnes que habían contraído, los ejemplos que encontraban en el medio en que acababan de entrar y la virtud fortificante de los numerosos medios de santificación cuyo uso asiduo les recomendaba la Iglesia.

Sin embargo, aunque cristianos, seguían siendo hombres y, como tales, sometidos a las flaquezas de la naturaleza humana y a las caídas del pecado. El fiel podía, por actos de su libre voluntad, guardar para siempre o perder en un solo instante esta dignidad de hijo de Dios que había recibido en el bautismo, pues con demasiada fre-

¹ TERTULL., *Apologet.*, c. 18.